

Las autoridades europeas tienen que salvaguardar la integración social y no solamente las necesidades de las entidades bancarias. Por **Alejandro Banzas**

Todos los caminos conducen a Grecia

▶ Todas las miradas están puestas en Grecia, y no es para menos. Su deuda alcanza una vez y media su PIB y es precisamente el alto endeudamiento —representado en gran parte en bonos de la deuda pública— lo que complica la tranquilidad de sus tenedores, principalmente bancos europeos. Esto se traduce en inestabilidad para sus hojas de balance.

En tal sentido, el total de los bienes y servicios producidos por este país, totalizan U\$S 321.700 millones, 225.000 millones de euros, y su tendencia descendente continúa acentuando las dificultades macroeconómicas y financieras en un círculo que se retroalimenta. En efecto, su deuda alcanza a unos 340.000 millones de euros para un país que ya alcanzó un déficit fiscal de más del 10% de su PIB y con una tasa de desocupación que rondaría el 15-16%. La deuda griega creció fundamentalmente por los rescates a los bancos realizados el año pasado y por años de un manejo irresponsable de las cuentas públicas. La composición de la deuda actual, según sean sus tenedores, es aproximadamente la siguiente: 1) bancos griegos, 60.000 millones; 2) bancos extranjeros (principalmente franceses), 70.000 millones; 3) Organismos públicos e internacionales, 90.000 millones y 4) Fondos de Inversión, de pensión e inversores privados, 110.000 millones.

Dentro de este marco, los Estados de la eurozona y el FMI otorgaron un "rescate" de 110.000 millones de euros, de los que ya recibió 53.000 millones, más una cuota aprobada de 12.000 millones en julio pasado. No obstante, según el informe de la Comisión Europea, el BCE y el FMI, a mediano plazo Grecia necesita 115.000 millones de fondos nuevos,



LA SITUACION DE GRECIA NO TIENE SOLUCIONES A LA VISTA. EL DEFAULT ESTA A LA VUELTA DE LA ESQUINA.

que se obtendrían de la siguiente forma: 30.000 de privatizaciones y 85.000 a prestar por el FMI, los países de la eurozona y privados.

Cabe resaltar que los montos otorgados en concepto de rescate obedecen a la necesidad de hacer frente de parte del gobierno griego a las acreencias en concepto de capital (efectuando un roll over) e intereses de la deuda pública. A cambio de esta operatoria, el Parlamento griego se comprometió a efectuar recortes en el presupuesto por 28.400 millones de euros en el período 2012-2015, más un conjunto de privatizaciones que podrían generar un ingreso estimado en 30 a 50 mil millones de euros adicionales.

Hasta aquí, una apretada síntesis de los principales números que sacuden a una sociedad de apenas más de 11 millones de habitantes y cuya actividad económica se asienta en la agricultura, que representa el 15% de su PIB, además del turismo —principal fuente de divisas— y la construcción de embarcaciones.

En consecuencia, pretender que una economía con modestos recursos respecto a su capacidad productiva pueda generar alternativas de recorte a su nivel de gasto actual es como mínimo dificultoso y mucho más en un entorno continental que luce bastante complicado. La feno-

menal política de ajuste que imponen los organismos internacionales de crédito, junto a las autoridades de la Unión Europea, provoca una mayor caída en el PIB y, por ende, una mayor proporción de deuda respecto al nivel de producto. Esta fuerte contracción produce una resistencia masiva de parte de la población, que ve resignar de algún modo su soberanía al recibir mandatos de otros países más fuertes de Europa (Alemania y Francia) marcándole el ritmo de las ingratas decisiones.

¿Es posible evitar el default?

Sobre esta interrogante gira gran parte de la comunidad financiera y económica internacional. Algunos arriesgan a poder aventurar el impacto que un recorte de las acreencias puede traer sobre otras economías de la región, con marcados signos de inestabilidad (léase Italia, Irlanda, Francia y Portugal). La primera cuestión que resulta prioritaria señala, es que la crisis, en sí, no es un problema de liquidez sino de solvencia. Y, en tal sentido, las medidas tomadas hasta aquí han priorizado la liquidez, que es un mecanismo indirecto de reforzar la solvencia de las entidades financieras. Nadie bien intencionado pretende dejar caer a instituciones bancarias (caso Lehman Brothers) pero tampoco resulta justo cargar la mochila de los desajustes estructurales a los sectores de menores niveles de ingresos o, para ser más precisos, a la mayoría de los once millones de habitantes del país heleno.

Lo cierto es, que dentro de las restricciones impuestas por Mastricht a las economías que se involucraron en el euro, el déficit medido sobre el PIB permitido no debía superar el 3%. Indudablemente, la

falta de políticas regulatorias firmes y de control llevó, también, a no poder contener la fuerte expansión de la deuda griega.

¿Es posible ganar tiempo esperando un salvataje de la Unión Europea o de algún socio privilegiado como China? No es para descartarlo en su totalidad, pero existe a la vez una dosis de fantasía. Si bien es cierto que China desea que el dólar enfrente con otra moneda fuerte (euro) el liderazgo del comercio mundial, esta podría ser una oportunidad para que su propia moneda (yuan) comience a tener más presencia a escala mundial.

Grecia, cada día que pasa, se acerca más al default: la deuda crece y el nivel de actividad decrece, con lo cual la posibilidad de enfrentar este volumen ingobernable de endeudamiento con una economía devastada resulta imposible. Europa debe entender que la gota ya rebasó el vaso y, en consecuencia, pretender encapricharse por salvar a Grecia de la cesación de pagos y el deterioro que ésta puede acarrear a la moneda común es inevitable. Una salida vía el regreso a su antigua moneda o un quite sustantivo de la deuda serán recetas apropiadas. Resulta fundamental entender que la pretensión de avanzar firmemente como un bloque económico sólido por parte de las autoridades europeas tiene que tener como objetivo salvaguardar la integración social y no solamente las necesidades de supervivencia de las entidades bancarias. El capitalismo es riesgo y, en tal sentido, las instituciones financieras deben aceptar que no pueden "jugar con fuego". De lo contrario, tendrán que aceptar que la quiebra para ellos también será parte de las reglas del juego en una economía globalizada.